

COLECCIÓN
ALMANAQUE

**VICTORIA
OCAMPO**

**VIRGINIA
WOOLF**

**GABRIELA
MISTRAL**

MUJERES CONTRA
LA GUERRA

•

INTRODUCCIÓN Y COMPILACIÓN
PATRICIA NOVILLO CORVALÁN

DIBUJOS: LUZ NOVILLO CORVALÁN



VERA editorial cartonera

**VICTORIA OCAMPO
VIRGINIA WOOLF
GABRIELA MISTRAL**



COLECCIÓN
ALMANAQUE

**VICTORIA OCAMPO
VIRGINIA WOOLF
GABRIELA MISTRAL**

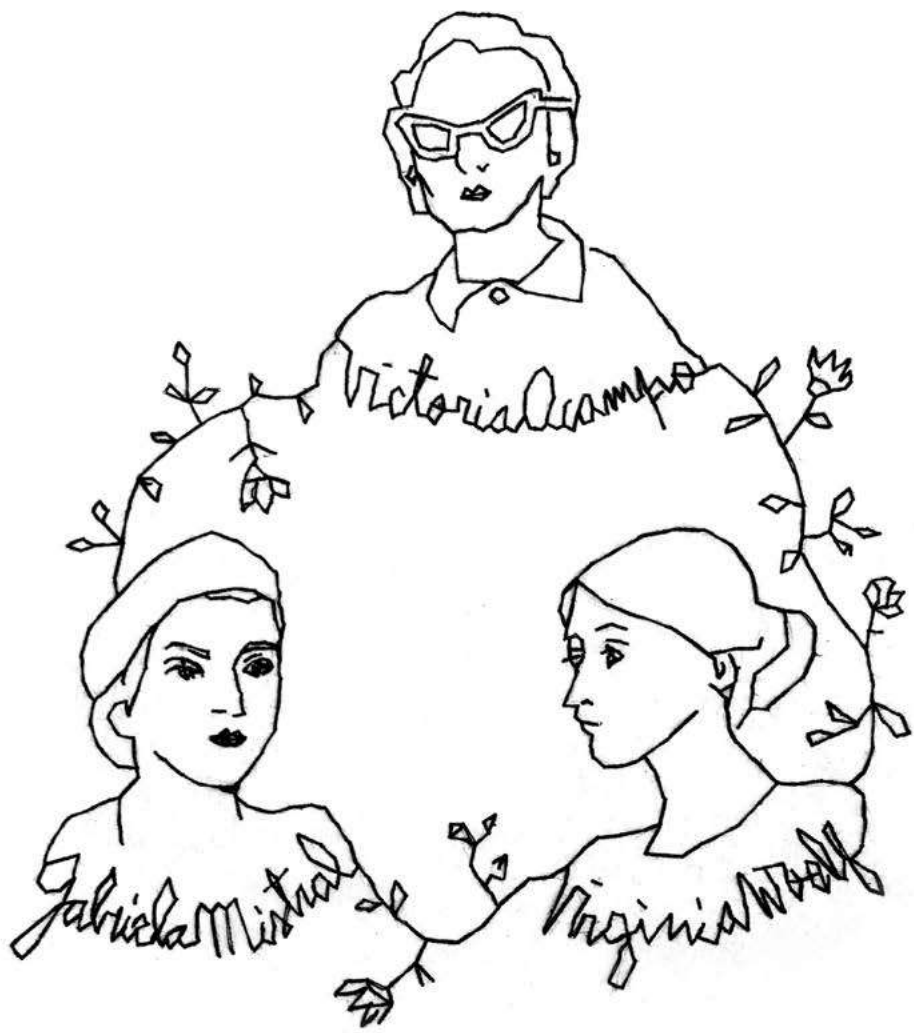
MUJERES CONTRA LA GUERRA

•
INTRODUCCIÓN Y COMPILACIÓN
PATRICIA NOVILLO CORVALÁN

DIBUJOS: LUZ NOVILLO CORVALÁN



VERA editorial cartonera



Victoria Campa

Gabriela Mistral

Virginia Woolf

INTRODUCCIÓN

PATRICIA NOVILLO CORVALÁN

Londres, noviembre de 1934. Un hito en la historia de la literatura. Los caminos de dos grandes mujeres se bifurcan: Victoria Ocampo y Virginia Woolf. Encuentro intenso e inolvidable: Victoria y Virginia. Casi amor a primera vista. Encuentro que Victoria venía planeando minuciosamente desde el momento en que cayó en sus manos el panfleto feminista de Virginia titulado *Un cuarto propio* (1929) que otra mujer, la librera y editora estadounidense Sylvia Beach —radicada en París y fundadora de la librería Shakespeare & Company— le había jurado debería leer porque su lectura (sin exageraciones) le cambiaría la vida. Efectivamente, *Un cuarto propio* fue, para Victoria, un rito de pasaje: la transformó de dama rebelde en apasionada feminista, de intelectual aristocrática en pionera por las causas de la mujer; le amplió y agudizó su misión y propósito como escritora, feminista, editora, traductora, anfitriona, y activista. El resto de la historia es bien conocida.

Por un lado, están las traducciones completas al español de las obras más importantes de Virginia Woolf publicadas por la flamante editorial SUR que Victoria inmediatamente encargó a nada más ni nada menos que Jorge Luis Borges. Borges tradujo *Orlando* (biografía imaginaria basada en la amante aristocrática de Virginia, Vita Sackville-West, cuyo personaje titular, Orlando, atraviesa cuatro siglos y cambia de sexo) y *Un cuarto propio* (texto emblemático

del feminismo que reclama un espacio físico e íntimo para la mujer; un cuarto donde se pueda educar, pensar, y emancipar, es decir, un espacio —lisa y llanamente— que la proteja de los trajines diarios, actividades domésticas, y presiones del patriarcado). Cabe aclarar que en una entrevista con Osvaldo Ferrari, Borges, sin titubeos, atribuyó la traducción de *Un Cuarto propio* a «Madre», Doña Leonor Acevedo de Borges, lo cual sugiere más bien un trabajo colaborativo entre madre–hijo, aptísimo a la traducción de un texto feminista.

Por otro lado, están las cartas, la correspondencia que ambas autoras intercambiaron desde su encuentro en 1934 hasta la trágica muerte de Virginia Woolf en 1941, ahogada en el río Ouse, cerca de Monk's House, en el condado de Sussex, Inglaterra.¹ Cartas muy valiosas que revelan tanto la admiración de Victoria Ocampo por su famosa amiga inglesa, a quien llenó de regalos costosos y excéntricos (un deslumbrante bouquet de orquídeas y un cuadro de mariposas disecadas), como una amistad bastante desigual, marcada por el exotismo de Virginia quien, a raíz de los obsequios de Victoria y su lectura del *Viaje del Beagle* de Charles Darwin, describió a la Argentina como «una tierra de grandes mariposas» («a land of great butterflies»)² Y, a su vez, notamos cierta indiferencia de Virginia quien ni siquiera se tomó el trabajo de escribir correctamente el apellido de su fiel admiradora argentina, poniendo torpemente «Okampo» en sus cartas, (sí, con «K»); algo que profundamente lastimó a Victoria. Pormenores de una amistad que Victoria aprendió a superar con infinito amor, paciencia, y resignación.

Mientras tanto, había una tercera escritora, una figura que se vislumbra en el trasfondo de esta amistad: la poeta, educadora, ensayista, viajera, y diplomática chilena Gabriela Mistral. La primera mujer (y la primera latinoamericana) galardonada con el Premio

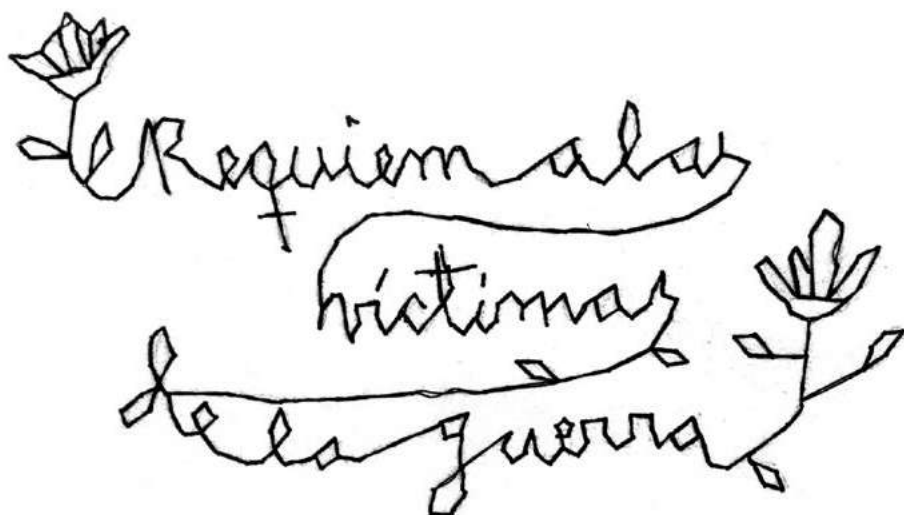
1 Ver Correspondencia: *Victoria Ocampo–Virginia Woolf*. Compilación y prólogo por Manuela Barral. Traducción Virginia Higa y Juan Javier Negri. Buenos Aires: Rara Avis, Fundación Sur, 2020.

2 Virginia Woolf, *The Letters of Virginia Woolf*, vol. 5. Ed. Nigel Nicolson y J. Trautmann Banks. Londres: Hogarth Press, 1975–1980, p. 365.

Nobel de Literatura en 1945, consagración máxima en el mundo de las letras. Victoria Ocampo es, metafóricamente, el puente que une a dos mujeres que nunca se conocieron. A través de su revista *SUR* —plataforma pionera de redes feministas— Victoria forjó «*networks* de mujeres», especialmente alianzas feministas contra el fascismo, la violencia, y el autoritarismo.

El objetivo que se persigue con la selección de los textos usados para armar este libro es imaginar el encuentro de Victoria, Gabriela, y Virginia. Conjeturar un diálogo. Ofrecer una lectura comparada (o triangulación) de figuras icónicas femeninas de la literatura mundial cuya oposición a la guerra constituye uno de los núcleos centrales que atraviesan su escritura y activismo.

Invocar a Virginia Woolf y a Gabriela Mistral es, por empezar, visualizar retratos de la época (década del mil novecientos diez...). Flotan fotografías y expresiones cristalizadas en el tiempo. Virginia joven, de perfil, etérea y absorta en sus pensamientos, labios entreabiertos, luciendo vestido blanco nieve de broderí inglés; Gabriela, joven también, bella e impactante, cejas arqueadas y ojos inmensamente expresivos, boca sellada, sin sonrisa ni disimulación.



Contemporáneas, una nacida en Londres, en 1882, y la otra en el Valle de Elqui, en 1889. Sin embargo, las separaban desde la cuna cuestiones de clase, estatus, diferencias socioeconómicas. De origen humilde y mixto (vasca y diaguita), Gabriela no comparte la posición de privilegio de las otras dos mujeres aristocráticas. Aun así, se puede afirmar que el intenso compromiso social que unió a las tres nos posibilita trazar un imaginario cultural según el cual estas figuras se entrelazan a través de sus convicciones éticas.

En el caso de Gabriela y de Virginia, su lucha contra el fascismo y el totalitarismo, su oposición a la guerra hace lugar a una singular ética literaria. Ambas exploran la compleja intersección entre la guerra y el militarismo y, a su vez, su conexión intrínseca con el patriarcado, temas que aparecen una y otra vez en su escritura, desde *La Señora Dalloway* (1925) hasta *Tres Guineas* (1938) y desde *Tala* (1938) hasta *Lagar* (1954). ¿Por qué esta obsesión con conflictos bélicos globales? A ambas les tocó vivir en la primera mitad del siglo veinte, período ominoso marcado por hitos, conflictos, y revoluciones que el historiador inglés Eric Hobsbawm apodó «una era de catástrofes»:³ la Revolución Rusa (1918), la Gran Guerra (1914–1918), el crack de 1929, la Guerra Civil Española (1937–1939) y el estallido de la Segunda Guerra

Mundial (1939). Fue durante el trauma de la segunda guerra que Virginia no pegaba un ojo por la noche, asediada por el insomnio, atemorizada por las bombas, las sirenas, el pulular de aviones de combate por las noches. Fue durante



3 Eric Hobsbawm, *Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914–1991*. Londres: Michael Joseph, 1994.

esas largas noches de insomnio que usó la pluma, la palabra, la imaginación como armas de protesta. Como dice Virginia Woolf, debemos «combatir con el pensamiento».

Los ensayos de Gabriela Mistral y Virginia Woolf elegidos para componer este libro ofrecen perceptivas críticas a la simbología militarista que representa, por ejemplo, el escudo heráldico de la República de Chile (Mistral) y la fuerza aérea de la Alemania nazi que operó durante la Segunda Guerra Mundial (Woolf). Los textos se titulan «Menos cóndor y más huemul»⁴ (1925) y «Reflexiones sobre la paz durante una incursión aérea» (1940) respectivamente.⁵ Ambos ensayos plantean, por un lado, agudas críticas al culto militarista enraizado en el patriarcado, mientras que, por el otro, proponen un espacio poético transformativo para imaginar la paz en el mundo. Ambos ensayos pueden ser leídos como un réquiem a las víctimas de la guerra.

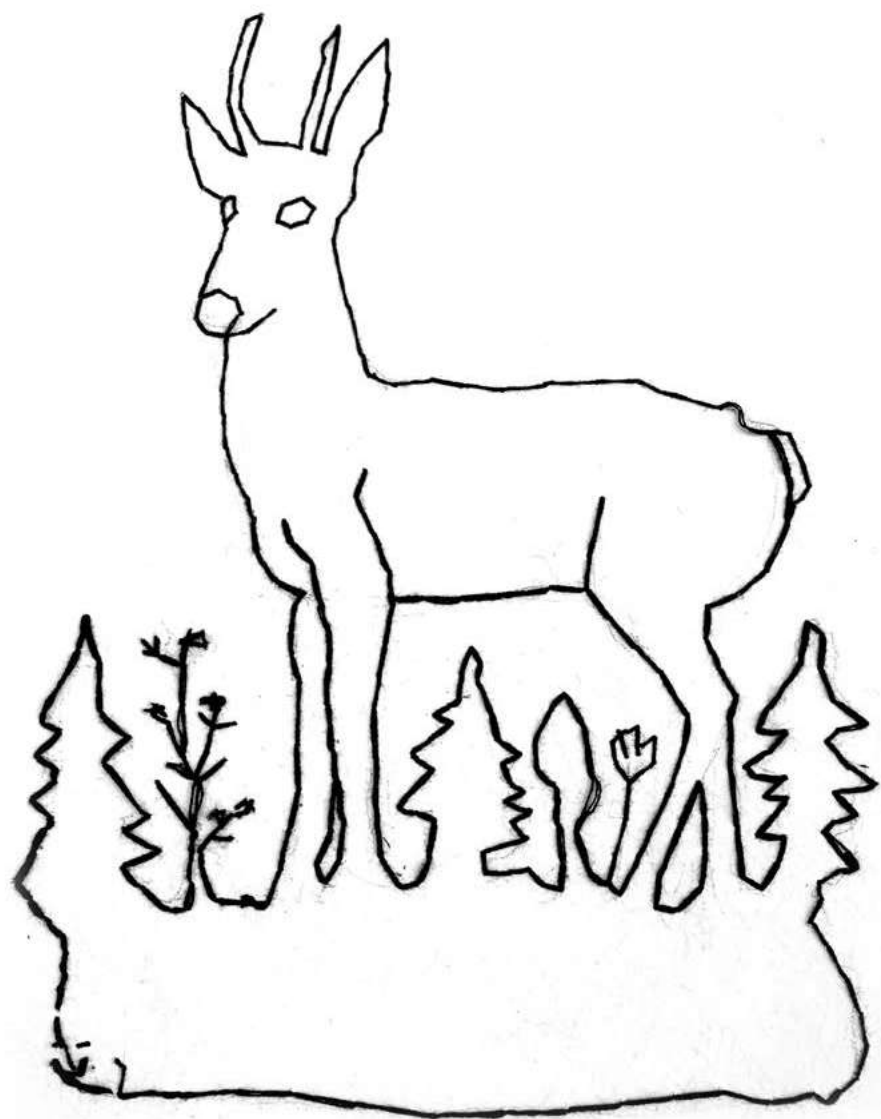
4 Gabriela Mistral, «Menos cóndor y más huemul», *El Mercurio*, 11 de julio 1924.

5 Virginia Woolf, «Reflexiones sobre la paz durante una incursión aérea». Traducción de Bernardo Hopenhaym, *Sur*, (153/156), (julio–octubre 1947), pp. 66–752. Expreso mi agradecimiento a la Fundación Sur por el permiso para reproducir esta traducción.

ACLARACIÓN

LUZ NOVILLO CORVALÁN

Los dibujos para este libro están realizados en bordado sobre papel. Esta técnica requiere un tiempo lento y un cuidado amoroso al bordar. El papel, es importante resaltarlo, fue el soporte y el material utilizado en la práctica de la escritura de estas mujeres.



MENOS CÓNDOR Y MÁS HUEMUL

GABRIELA MISTRAL

Los chilenos tenemos en el cóndor y el huemul de nuestro escudo un símbolo expresivo como pocos y que consulta dos aspectos del espíritu: la fuerza y la gracia. Por la misma duplicidad, la norma que nace de él es difícil. Equivale a lo que han sido el sol y la luna en algunas teogonías, o la tierra y el mar, a elementos opuestos, ambos dotados de excelencia y que forman una proposición difícil para el espíritu.

Mucho se ha insistido, lo mismo en las escuelas que en los discursos gritones, en el sentido del cóndor, y se ha dicho poco de su compañero heráldico, el pobre huemul, apenas ubicado geográficamente.

Yo confieso mi escaso amor del cóndor, que, al fin, es solamente un hermoso buitре. Sin embargo, yo le he visto el más limpio vuelo sobre la Cordillera. Me rompe la emoción el acordarme de que su gran parábola no tiene más causa que la carroña tendida en una quebrada. Las mujeres somos así, más realistas de lo que nos imaginan...

El maestro de escuela explica a sus niños: «El cóndor significa el dominio de una raza fuerte; enseña el orgullo justo del fuerte. Su vuelo es una de las cosas más felices de la tierra».

Tanto ha abusado la heráldica de las aves rapaces, hay tanta águila, tanto milano en divisas de guerra, que ya dice poco, a fuerza de repetición, el pico ganchudo y la garra metálica.

Me quedo con ese ciervo, que, para ser más original, ni siquiera tiene la arboladura córnea; con el huemul no explicado por los pedagogos, y del que yo diría a los niños, más o menos: «El huemul es una bestezuela sensible y menuda; tiene parentesco con la gacela, lo cual es estar emparentado con lo perfecto. Su fuerza está en su agilidad. Lo defiende la finura de sus sentidos: el oído delicado, el ojo de agua atenta, el olfato agudo. Él, como los ciervos, se salva a menudo sin combate, con la inteligencia, que se le vuelve un poder inefable. Delgado y palpitante su hocico, la mirada verdosa de recoger el bosque circundante; el cuello del dibujo más puro, los costados movidos de aliento, la pezuña dura, como de plata. En él se olvida la bestia, porque llega a parecer un motivo floral. Vive en la luz verde de los matorrales y tiene algo de la luz en su rapidez de flecha».

El huemul quiere decir la sensibilidad de una raza: sentidos finos, inteligencia vigilante, gracia. Y todo eso es defensa, espolones invisibles, pero eficaces, del Espíritu.

El cóndor, para ser hermoso, tiene que planear en la altura, liberándose enteramente del valle; el huemul es perfecto con sólo el cuello inclinado sobre el agua o con el cuello en alto, espionando un ruido.

Entre la defensa directa del cóndor, el picotazo sobre el lomo del caballo, y la defensa indirecta del que se libra del enemigo porque lo ha olfateado a cien pasos, yo prefiero ésta. Mejor es el ojo emocionado que observa detrás de unas cañas, que el ojo sanguinoso que domina sólo desde arriba.

Tal vez el símbolo fuera demasiado femenino si quedara reducido al huemul, y no sirviera, por unilateral, para expresión de un pueblo. Pero, en este caso, que el huemul sea como el primer plano de nuestro espíritu, como nuestro pulso natural, y que el otro sea el latido de la urgencia. Pacíficos de toda paz en los buenos días, suaves de semblante, de palabra y de pensamiento, y cóndores solamente para volar, sobre el despeñadero del gran peligro.

Por otra parte, es mejor que el símbolo de la fuerza no contenga exageración. Yo me acuerdo, haciendo esta alabanza del ciervo en la heráldica, del laurel griego, de hoja a la vez suave y firme. Así es la

hoja que fue elegida como símbolo por aquéllos que eran maestros en simbología.

Mucho hemos lucido el cóndor en nuestros hechos, y yo estoy por que ahora luzcamos otras cosas que también tenemos, pero en las cuales no hemos hecho hincapié. Bueno es espigar en la historia de Chile los actos de hospitalidad, que son muchos; las acciones fraternas, que llenan páginas olvidadas. La predilección del cóndor sobre el huemul acaso nos haya hecho mucho daño. Costará sobreponer una cosa a la otra, pero eso se irá logrando poco a poco.

Algunos héroes nacionales pertenecen a lo que llamaríamos el orden del cóndor; el huemul tiene, paralelamente, los suyos, y el momento es bueno para destacar éstos.

Los profesores de Zoología dicen siempre, al final de su clase, sobre el huemul: una especie desaparecida del ciervo.

No importa la extinción de la fina bestia en tal zona geográfica; lo que importa es que el orden de la gacela haya existido y siga existiendo en la gente chilena.

El Mercurio, 11 de julio 1924.



REFLEXIONES SOBRE LA PAZ DURANTE UNA INCURSIÓN AÉREA

VIRGINIA WOOLF

Anoche y anteanoche los alemanes estuvieron sobre esta casa. Hélos aquí nuevamente. Extraña experiencia ésta de yacer en la oscuridad y escuchar el zumbido de una avispa que en cualquier momento puede matarnos con su aguijón. Es un ruido que interrumpe la meditación serena y metódica sobre la paz. Pero también —mucho más que plegarias y antifonas— es un ruido que debería compelernos a meditar sobre la paz. A menos que podamos dar vida a la paz en nuestros pensamientos, todos nosotros —no este cuerpo en esta cama, sino millones de cuerpos por nacer todavía— yaceremos en la misma oscuridad y oiremos el mismo ruido de muerte sobre nuestras cabezas. Pensemos qué podemos hacer para crear el único refugio antiaéreo eficaz mientras los cañones siguen con su pop pop pop sobre la colina, y los proyectores manosean las nubes, y de vez en cuando, a veces muy cerca, a veces muy lejos, cae una bomba.

Allá arriba, en el cielo, jóvenes ingleses pelean contra jóvenes alemanes. Los defensores son hombres, los agresores son hombres. A la mujer inglesa no le dan armas, ni para combatir al enemigo ni para defenderse. Esta noche debe permanecer acostada, inerte. Sin embargo, si cree que la lucha que se desarrolla en el cielo es lucha empeñada por los ingleses para proteger la libertad, por los alemanes para destruirla, ella debe luchar, hasta donde pueda, por

los ingleses. ¿Pero hasta qué punto puede luchar por la libertad sin armas de fuego? Haciendo armas, o ropas, o alimentos. Sin embargo, hay otra manera de luchar sin armas, podemos combatir con el pensamiento. Podemos hacer ideas que ayudarán al joven inglés que pelea en el cielo para derrotar al enemigo.

Pero para dar eficacia a las ideas debemos ser capaces de dispararlas. Debemos ponerlas en acción. Y la avispa que zumba en el cielo despierta a otra avispa en el pensamiento. Esta mañana hubo un zumbido en *The Times*, la voz de una mujer que decía: «Las mujeres no tienen voz en la política». No hay ninguna mujer en el Gabinete; ni en ningún otro puesto de responsabilidad. Todos los pensadores cuya situación les permite dar eficacia a sus ideas son hombres. He aquí un pensamiento que apaga la meditación y alienta la irresponsabilidad. ¿Por qué no hundir la cabeza en la almohada, taparse los oídos y suspender esta vana actividad de pensar? Porque hay otras mesas además de las mesas de oficiales y las mesas de conferencias. ¿Acaso no negamos al joven inglés un arma que podría serle valiosa si renunciamos a la reflexión personal, a la reflexión de mesa de té, porque nos parece inútil? ¿No estaremos exagerando nuestra incapacidad porque nuestra capacidad quizá nos exponga al ultraje, quizá al desprecio? «No cesaré nunca de combatir con el pensamiento», escribió Blake. Combatir con el pensamiento significa pensar contra la corriente, no a su favor.

Esa corriente corre rápida y furiosa. Brota de los altoparlantes y de los políticos en una avenida de palabras. Todos los días ellos nos dicen que somos un pueblo libre que lucha en defensa de la libertad. Esa es la corriente que en su remolino ha llevado al cielo al joven aviador y que lo mantiene allí, haciendo círculos entre las nubes. Aquí abajo, con un techo que nos abriga y una careta contra los gases a mano, nuestra tarea es pinchar globos de aire y descubrir simientes de verdad. No es cierto que seamos libres. Ambos somos prisioneros esta noche: él encajonado en su aparato, con un arma al alcance de la mano; nosotras acostadas en la oscuridad, con una careta contra los gases al alcance de la mano. Si fuéramos libres,

estaríamos al descubierto, bailando, en el teatro, o sentadas junto a la ventana, conversando. ¿Qué nos impide hacerlo? «¡Hitler!» vociferan a un tiempo los altoparlantes. ¿Quién es Hitler? ¿Quién es? Agresividad, tiranía, loco amor al poder personificado, nos responden. Destruíldlo y seréis libres.

El zumbido de los aviones es ahora como el serruchar de una rama en lo alto. Da vueltas y vueltas, serruchando y serruchando una rama justo encima de la casa. En el cerebro otro sonido empieza a serruchar para abrirse paso. «A las mujeres capaces —era Lady Astor la que hablaba en *The Times* esta mañana— las oprime el hitlerismo subconsciente de los corazones de los hombres». Ciertamente, nos oprimen. Esta noche son tan prisioneros ellos como nosotras: los ingleses en sus aviones, las inglesas en sus lechos. Si se detiene para pensar pueden matarlo; y a nosotras también. De modo que pensemos por él. Tratemos de llevar a su conciencia el hitlerismo subconsciente que nos oprime. Es el deseo de agresión, el deseo de dominar y esclavizar. Aún en la obscuridad podemos verlo, se hace visible. Podemos ver los relucientes escaparates de las tiendas; y las mujeres que miran con fijeza; mujeres pintadas: mujeres adornadas; mujeres con labios carmesíes y uñas carmesíes. Son esclavas que están tratando de esclavizar. Si pudiésemos liberarnos de la esclavitud liberaríamos a los hombres de la tiranía. Los Hitler son engendrados por esclavas.

Cae una bomba. Todas las ventanas se estremecen. Los cañones antiaéreos entran en actividad. Los cañones están ocultos en lo alto de la colina, bajo una red claveteada con tiras de material verde y marrón para imitar los tintes de las hojas otoñales. Ahora todos hacen fuego al mismo tiempo. A las nueve la radio nos dirá: «Durante la noche fueron abatidos cuarenta y cuatro aviones enemigos, diez el fuego antiaéreo». Y uno de los términos de la paz, dicen los alto parlantes, ha de ser el desarme. En el futuro no ha de haber más cañones, ni ejército, ni armada, ni fuerza aérea. No ha de adiestrarse a los jóvenes en la lucha con armas. Ello despierta a otra avispa mental en las cámaras del cerebro: otra cita. «Pelear contra

un enemigo real, ganar honor y gloria imperecederos matando a desconocidos, y volver al hogar con mi pecho cubierto de medallas y condecoraciones, tal era la cúspide de mi esperanza... A ello ha sido dedicada hasta ahora toda mi vida, mi educación, mi adiestramiento, todo...».

Eran las palabras de un joven inglés que peleó en la última guerra. Frente a ellas, ¿acaso creen sinceramente los pensadores corrientes que al escribir «Desarme» en una hoja de papel en la mesa de conferencias habrán hecho todo lo necesario? La ocupación de Oteló habrá desaparecido; pero seguirá siendo Oteló. Al joven aviador que está allá arriba, en el cielo, no sólo lo guían las voces de los altoparlantes; también lo mueven voces interiores: viejos instintos; instintos nutridos y alentados por la educación y la tradición. ¿Ha de culpársele por ello? ¿Podríamos nosotras apagar el instinto materno por disposición de una mesa colmada de políticos? Suponiendo que entre las estipulaciones imperativas de la paz estuviera la siguiente: «La maternidad ha de limitarse a una clase muy reducida de mujeres especialmente elegidas», ¿Nos someteríamos? ¿No deberíamos decir: «El instinto materno es la gloria de la mujer. A ello ha sido dedicada toda mi vida, mi educación, mi adiestramiento, todo...»? Pero si fuere necesario, por el bien de la humanidad, por la paz del mundo, restringir la maternidad, frenar el instinto materno, las mujeres lo intentarían. Los hombres habrían de ayudarlas. Las honrarían por su negativa a engendrar hijos. Le darían otra salida a su poder creador. Esto también debe formar parte de nuestra lucha por la libertad. Debemos ayudar a los jóvenes ingleses a desarraigar de sí el amor a medallas y condecoraciones. Debemos crear actividades más honrosas para quienes tratan de vencer en sí mismos el instinto agresivo, el hitlerismo subconsciente. Debemos compensar al hombre por la pérdida de su arma. Encima de nuestras cabezas el ruido de serruchar ha aumentado. Todos los proyectores están enhiestos. Apuntan a un lugar situado exactamente encima de este techo. En cualquier momento puede caer una bomba sobre esta misma habitación. Uno, dos, tres, cuatro, cinco,

seis... los segundos pasan. La bomba no ha caído. Pero durante esos segundos de incertidumbre se ha detenido todo pensamiento. Todo sentimiento, salvo un temor sordo, ha cesado. Un clavo fijaba toda la existencia a una tabla dura. La emoción del miedo y del odio es, por consiguiente, estéril, infecunda. No bien pasa ese miedo el pensamiento se extiende y revive instintivamente en el esfuerzo creador. Como la habitación está a oscuras, sólo puede crear a través del recuerdo. Se extiende a la memoria de otros agostos: en Bayreuth, escuchando a Wagner, en Roma, paseando por la Campagna; en Londres. Vuelven voces de amigos. Retornan trozos de poesía. Cada uno de esos pensamientos, aún en el recuerdo, era mucho más positivo, vivificador, curativo y creador que el temor sordo hecho de miedo y de odio. Por tanto, si hemos de compensar al joven por la pérdida de su gloria y de su arma, debemos darle acceso a los sentimientos creadores. Debemos hacer la felicidad. Debemos liberarlo de la máquina. Debemos sacarlo de su prisión y llevarlo al aire libre. Pero ¿de qué sirve liberar al joven inglés si el joven alemán y el joven italiano siguen siendo esclavos?

Los proyectores, oscilando sobre el departamento, han localizado al avión. Desde esta ventana puede verse un pequeño insecto de plata que gira y caracolea en la luz. Los cañones hacen pop pop pop. Después se detienen. Probablemente el invasor fue abatido tras la colina. El otro día uno de los pilotos aterrizó a salvo en un campo, cerca de aquí. «¡Qué contento estoy de que la lucha haya terminado!», les dijo a sus apresadores, en inglés bastante correcto. Luego un inglés le dio un cigarrillo, y una inglesa le hizo una taza de té. Ello parecería demostrar que si se puede liberar al hombre de la máquina, la semilla no cae en terreno totalmente pedregoso. La semilla puede ser fértil.

Al fin todos los cañones han cesado el fuego. Todos los proyectores han sido apagados. Vuelve la obscuridad natural de la noche de estío.

Se oyen de nuevo los ruidos inocentes del campo. Una manzana golpea contra el suelo. Ulula un búho, volando de árbol a árbol. Y vienen a la memoria las palabras semiolvidadas de un viejo escritor

inglés: «Los cazadores están levantados en América...». Enviemos estas notas fragmentarias a los cazadores que están levantados en América, a hombres y mujeres cuyo sueño no ha quebrado todavía el fuego de la ametralladora, en la creencia de que ellos las repensarán generosa y caritativamente, tal vez les darán forma para hacerlas útiles. Y ahora, en la mitad en sombras del mundo, dormir.

«Reflexiones sobre la paz durante una incursión aérea», *Sur*, (153/156), (1947, julio–octubre), pp. 66–752. Traducción de Bernardo Hopenhaym.



•

LUZ NOVILLO CORVALÁN

es Licenciada en Pintura y Especialista en Procesos y Prácticas de Producción Contemporánea por la Universidad Nacional de Córdoba. Artista, gestora cultural y curadora de arte independiente.

[FOTOGRAFÍA: GENTILEZA LUZ NOVILLO CORVALÁN]



•

PATRICIA NOVILLO CORVALÁN

es Doctora en Literatura Comparada. Catedrática y Directora del Departamento de Literatura Comparada de la Universidad de Kent (Reino Unido). Escribió *Borges and Joyce: An Infinite Conversation* y *Modernism and Latin America: Transnational Networks of Literary Exchange*. Junto con Ariane Mildenberg compiló los trabajos reunidos en *Virginia Woolf, Europe, and Peace: Transnational Circulations*.

[FOTOGRAFÍA: GENTILEZA PATRICIA NOVILLO CORVALÁN]

ÍNDICE

- 4 INTRODUCCIÓN
PATRICIA NOVILLO CORVALÁN
- 9 ACLARACIÓN
LUZ NOVILLO CORVALÁN
- 11 «MENOS CÓNDOR Y MÁS HUEMUL»
GABRIELA MISTRAL
- 15 «REFLEXIONES SOBRE LA PAZ DURANTE
UNA INCURSIÓN AÉREA»
VIRGINIA WOOLF

COLECCIÓN **ALMANAQUE**

dirigida por Analía Gerbaudo

Como los viejos almanaques en los que caían juntos el santoral, dibujos o fotos y el calendario lunar, en esta colección se reúnen textos diversos hilvanados por la presunción de la necesidad de su difusión en este corte del presente.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico-Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral. Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa de Lectura Ediciones UNL.



CEDINTEL



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral (www.huertatipografica.com).

Victoria Ocampo, Virginia Woolf, Gabriela Mistral : mujeres contra la guerra / Victoria Ocampo ; Virginia Woolf ; Gabriela Mistral ; compilación de Patricia Novillo Corvalán ; ilustrado por Luz Novillo Corvalán. - 1a ed. - Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, 2022.

Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera / Analía Gerbaudo ; Almanaque)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-315-6

1. Literatura Feminista. 2. Historia Universal. 3. Mujeres. I. Woolf, Virginia. II. Mistral, Gabriela. III. Novillo Corvalán, Patricia, comp. IV. Novillo Corvalán, Luz, ilus. V. Título. CDD 809.89287

© de la introducción y compilación: Patricia Novillo Corvalán, 2022.

© de los dibujos: Luz Novillo Corvalán, 2022.

© Victoria Ocampo, Virginia Woolf, Gabriela Mistral, 2022.

© de la editorial: Vera cartonera, 2022.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional